

63 Semana de Misionología de Burgos

La Misión tenemos que hacerla juntos

EL SACERDOTE EN LA MISIÓN CONTINENTAL

Mons. Braulio Sáez García
Obispo Auxiliar de Santa Cruz de la Sierra, Bolivia

1.- INTRODUCCION

Esta mañana, mis queridos amigos, quisiera compartirles la experiencia de una Iglesia joven, pero Iglesia que quiere renovarse; y sobre todo que quiere ser fiel al mandato del Señor Jesús: "Vayan y hagan discípulos entre todos los pueblo"... (Mt 28,19). Iglesia que no está exenta de dificultades, pobrezas, fragilidades y fracasos, pero con una carga muy grande de esperanza y de sueños. Hablo desde la Iglesia en América Latina, desde Bolivia y en concreto desde Santa Cruz de la Sierra.

Aparecida convoca a la Misión Continental

Los Obispos de América Latina y el Caribe reunidos en la Vª Conferencia General en Aparecida, al final de la Asamblea convocaron a las comunidades, agentes de pastoral y a los católicos en general a comprometerse con "la Misión Continental", viéndola como un gran desafío y como prolongación de la misma Conferencia:

"Al terminar la Conferencia de Aparecida, en el vigor del Espíritu Santo, convocamos a todos nuestros hermanos y hermanas, para que, unidos, con entusiasmo realicemos la Gran Misión Continental. Será un nuevo Pentecostés que nos impulse a ir, de manera especial, en búsqueda de los católicos alejados y de los que poco o nada conocen a Jesucristo, para que formemos con alegría la comunidad de amor de nuestro Padre Dios. Misión que debe llegar a todos, ser permanente y profunda" (Mensaje Final 5).

No es fruto de la emoción del momento o de una iluminación improvisada de algunos Obispos; sin duda es moción del Espíritu Santo, que abrió sus oídos a las muchas voces que se fueron levantando en nuestras Iglesias en la preparación de Aparecida, ante la nueva realidad que se está gestando en el continente. Desde una mirada realista y al mismo tiempo esperanzada, propia de los discípulos del Señor de la vida, salta a la vista una constatación: vivimos hoy en América Latina y en Bolivia, una época de cambios rápidos y profundos en todos los niveles y ámbitos: sociocultural, económico, político, religioso y eclesial. Desde esta realidad toda la Iglesia del Continente "quiere ponerse en estado permanente de misión". (DA 213)

Los sacerdotes nos sentimos interpelados

El título que me han propuesto es muy sugestivo y desafiante: "El Sacerdote en la Misión Continental". Nos habla de un estilo de ser y de vivir del sacerdote como

animador y pastor del Pueblo de Dios, y que en palabra de Aparecida es **"Discípulo Misionero de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida"**. Es una llamada a todos los creyentes; pero de manera muy especial a quienes hemos sido elegidos por el Maestro a ser pastores y guías: ministro, servidor, misionero, profeta... es lo que define al sacerdote. Una vida que está en función de la comunidad cristiana, una vida donada y entregada al servicio de los demás. El sacerdote descubre que no se pertenece, que la razón de su ministerio está en los otros, a quienes tiene que darse y servir.

Preguntas: ¿qué tenemos que hacer desde nuestro ser sacerdotal? ¿Qué lugar ocupa el sacerdote, y cual es el rol en este proyecto de la Misión Continental y Permanente?

Responderlas es más urgente y provocador después de la celebración del Año Sacerdotal proclamado por el Papa Benedicto XVI, en el que nos invitaba a profundizar la riqueza de nuestra vocación para "redescubrir la belleza y la importancia del sacerdocio y de cada sacerdote"; y también para... "favorecer esta tensión de los sacerdotes hacia la perfección espiritual de la cual depende, sobre todo, la eficacia del ministerio" "La dimensión misionera del presbítero nace de la configuración sacramental con Cristo Cabeza".

El ministro ordenado es alguien de quien el Espíritu Santo se ha posesionado para situarlo al servicio de la misión de Cristo y de la Iglesia. La configuración con Cristo misionero, de que nos habla el Papa, es una realidad dinámica, algo así como un proceso nunca acabado, que exige una reconversión fundamental a través de toda la vida, y por tanto es tarea permanente que se debe seguir actualizando por medio de la fuerza del mismo Espíritu. El sacerdote no es misionero porque hace misiones, porque toma iniciativa para anunciar el Evangelio, por tener muy bien planificada la pastoral de la Parroquia; antes bien, actúa y se compromete radicalmente en la evangelización porque "es" misionero, porque vocacionalmente "se es" misión.

2.- ¿POR QUÉ LA MISIÓN CONTINENTAL Y PERMANENTE?

Un continente que cambia

Lo hemos dicho, vivimos en un mundo no sólo que experimenta cambios profundos y rápidos, sino un mundo en cambio, en constante movimiento; realidad ésta que nos afecta a todos. La novedad de estos cambios es que tienen un alcance global, y que caracterizan lo que se denomina el fenómeno de la "globalización", que ha llegado con mucha fuerza a todo el Continente en estos últimos años. Esta situación trae consecuencias serias en la vida de nuestros pueblos.

Nos lo dice Aparecida: "Se abre paso un nuevo período de la historia con desafíos y exigencias, caracterizado por el desconcierto generalizado que se propaga por nuevas turbulencias sociales y políticas, por la difusión de una cultura lejana y hostil a la tradición cristiana, por la emergencia de variadas ofertas religiosas" (DA 10).

El debilitamiento de la vida cristiana

Estos cambios causan desconcierto y confusión, hacen tambalear las instituciones y las referencias culturales, religiosas y sociales, en las que se sitúan las personas. El influjo del secularismo en nuestro continente, y la tiranía del relativismo, entre otras causas, provocan individualismo, consumismo religioso, aislamiento de las personas y rechazo a todo lo institucional y, concretamente, a toda autoridad: estado, Iglesia, familia, escuela, sindicatos. En el conjunto de la sociedad se percibe una crisis de sentido, el debilitamiento de la vida cristiana, la indiferencia y falta de referencia a los valores del Evangelio. Estos cambios culturales dificultan la transmisión de la fe en la familia y en la sociedad.

Preocupación de los Pastores

“Como pastores de la Iglesia, nos interesa cómo este fenómeno afecta la vida de nuestros pueblos y el sentido religioso y ético de nuestros hermanos que buscan infatigablemente el rostro de Dios” (DA 35). Desde esa preocupación pastoral, los Obispos, reunidos en Aparecida, asumieron esta problemática como el reto fundamental para la Iglesia en el Continente, reto que implica un recrear su vocación y misión. “La Iglesia está llamada a repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia su misión en las nuevas circunstancias latinoamericanas y mundiales. No puede replegarse frente a quienes sólo ven confusión, peligros y amenazas, de quienes pretenden cubrir la variedad y complejidad de situaciones con una capa de ideologismos gastados o de agresiones irresponsables. Se trata de confirmar, renovar y revitalizar la novedad del Evangelio arraigada en nuestra historia, desde un encuentro personal y comunitario con Jesucristo, que suscite discípulos y misioneros” (DA 11)

El lanzamiento de la misión como respuesta a los desafíos

Era necesario que la Iglesia iniciara una acción de dimensiones continentales adecuada a esos grandes desafíos; de esta manera se fue afianzando la propuesta de lanzar la “Gran Misión Continental”, que comprometiera a todas las Iglesias Locales en nuestras naciones. “Jesús invita a todos a participar de su misión. ¡Que nadie se quede de brazos cruzados! Ser misionero es ser anunciador de Jesucristo con creatividad y audacia en todos los lugares donde el Evangelio no ha sido suficientemente anunciado o acogido; en especial, en los ambientes difíciles y olvidados y más allá de nuestras fronteras” (Mensaje Final 4).

Cuando muchos no apostaban por un planteamiento de los problemas reales que afectan a nuestros pueblos creyentes, o esperaban más de lo mismo, con los mismos tópicos, la Iglesia en América Latina ha tenido la osadía de mirarse a sí misma a la luz de la lectura que venía haciendo de la realidad del mundo que le rodeaba, y ha tomado una opción clara:

- pasar de una Iglesia que se centraba en sí misma, que en muchos lugares se quedaba en la sacristía, que esperaba a los fieles para impartir Sacramentos, doctrina o celebrar la fe, de una Iglesia clientelar,

- a una Iglesia, que sale al encuentro del otro, del diferente, del pobre, de las situaciones de injusticia en que viven tantos hermanos; una Iglesia que mira al mundo para evangelizarlo, que no tiene miedo, y se adentra en los riesgos que vive el mundo actual; una Iglesia misionera.

3.- VOCACION MISIONERA DE LA IGLESIA

La misión, dimensión constitutiva de la Iglesia

Por naturaleza la Iglesia es misionera, y el cristiano y todos los bautizados están llamados a ser misioneros. Nos lo confirma el testimonio de San Pablo: "Anunciar la Buena Noticia no es para mí motivo de orgullo, sino una obligación a la que no puedo renunciar. ¡Ay de mí si no anuncio la Buena Noticia! Si lo hiciera por propia iniciativa recibiría mi salario; pero si no lo hago por propia voluntad, es que me han encomendado una administración" (1 Cor. 9, 16 -17). Pablo VI decía en su Carta "Evangelii Nuntiandi": "En efecto, Evangelizar constituye la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar" (EN. 14). Por todo esto, es urgente rediseñar una Iglesia al servicio de la misión, en misión, y para la misión.

La Trinidad fuente de la misión

La misión de la Iglesia tiene su fuente en Dios Trinidad, que es Misión. Dios que sale de sí mismo para proyectarse en la creación y sobre todo para llamarnos a participar de su misma vida y de su santidad. Jesús, Dios y hombre, es el Enviado del Padre que tiene la misión de salvación-redención ante la desobediencia del hombre, que quiso hacerse igual a Dios. La novedad que alentó todo su accionar, no sólo fue mostrarnos el amor del Padre, sino implantar un Reino diferente de los reinos que los hombres se habían inventado a su manera, y con unas acciones totalmente contrastantes a las del hombre mediante el misterio de la cruz y la muerte; pero muerte que se abre a la vida nueva.

El Espíritu Santo es el misionero del Padre y del Hijo y nos colma con su presencia. La Iglesia nace del Espíritu, es santa por el Espíritu, vive crece y evangeliza por el Espíritu. Los Obispos en Aparecida nos dirán "La Iglesia, en cuanto marcada y sellada "con Espíritu Santo y fuego" (Mt 3,11) continúa la obra del Mesías abriendo para el creyente las puertas de la salvación (cf 1 Cor 6,11) Pablo lo afirma de este modo: "Ustedes son una carta de Cristo, redactada por ministerio nuestro y escrita no con tinta, sino con el espíritu de Dios vivo (2 Cor3, 3) (DA 151)

Toda la Iglesia es misionera

Toda la Iglesia, nacida en Pentecostés, es misionera; y por tanto hemos de tomar conciencia de que todos los cristianos, como miembros de la Iglesia, hemos de ser discípulos y misioneros: todos somos llamados a la misión, y todos hemos de acoger con fidelidad el mandato del Señor consignado al final del evangelio de Mateo: "Vayan a todos los pueblos, hagan discípulos, bautícenlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enséñenles lo que yo les he enseñado" (Mt 28, 19-20). De aquí se deduce que la tarea principal es la de despertar en todos los bautizados la alegría y la fecundidad de ser discípulos enviados a la misión, y que se abran al mundo para anunciar a Jesucristo muerto y resucitado, haciendo

realidad el amor y el servicio, particularmente en los más necesitados; en una palabra, a manifestar y comprometerse con el Reino de Dios.

Iglesia local, primer ámbito de la misión

La Misión Permanente pide un compromiso no tanto individual, cuanto comunitario. Es una labor que debemos emprender entre todos los sectores del Pueblo de Dios, en comunión y bajo la guía de nuestros pastores, en el marco de la pastoral orgánica y de conjunto. Si bien la misión es universal, sin embargo se hace efectiva a partir de una comunidad concreta, de la Iglesia local. Es la Iglesia local la responsable de la misión, orientando el sentido de la misma. Ningún cristiano, ni grupo, ni movimiento ni comunidad puede actuar por iniciativa propia y aisladamente, sino como integrante de una Iglesia toda ella misionera. La Diócesis, presidida por el Obispo, es el primer ámbito de la comunión y la misión. Ella debe impulsar y conducir una acción pastoral orgánica renovada y vigorosa, de manera que la variedad de carismas, ministerios, servicios y organizaciones se orienten en un mismo proyecto misionero para comunicar vida en el propio territorio. Este proyecto, que surge de una variada y rica participación, hace posible la pastoral orgánica, capaz de dar respuesta a los nuevos desafíos. (DA 169).

Sacerdotes, Discípulos Misioneros de Cristo Buen Pastor

Aparecida invita a todos los sectores del pueblo de Dios a hacer un cambio de mentalidad sabiéndose "discípulos misioneros"; y para cada uno enfatiza aquellos elementos, que deben identificar su fisonomía en su accionar: los Obispos, discípulos misioneros de Cristo Sumo Sacerdote; los sacerdotes, discípulos misioneros de Cristo Buen Pastor; y los laicos, discípulos misioneros de Cristo Luz del mundo. Los obispos valoran y agradecen que la mayoría de los sacerdotes tengan una vivencia de su ministerio con fidelidad, siendo modélicos para los demás, mediante el cultivo de una vida espiritual centrada en la escucha orante de la Palabra y en la celebración diaria de la Eucaristía: "Mi vida es mi Misa y mi vida es una Misa prolongada", que diría el hoy santo de A.L el P. Hurtado.

Buscando una respuesta más generosa de los presbíteros, Aparecida propone unos desafíos que tienen que afrontar con humildad y confiados en el Señor:

La Identidad.- El primer desafío dice relación a su identidad teológica, dejando claro que se es sacerdote en la medida en que el ministerio es participación del sacerdocio de Cristo-sacerdote: "no puede caer en la tentación de considerarse un mero delegado o sólo un representante de la comunidad, sino un don para ella por la unción del Espíritu (DA193).

- Es el hombre de la misericordia y la compasión, cercano y servidor de todos, animador de la Comunidad Parroquial "renovada", en la que se desarrollan múltiples servicios y ministerios. Pero con hondas exigencias, que le constituyan en auténtico discípulo misionero de los más alejados, los pobres, de los más excluidos.

- E inserción en la cultura de su pueblo; lo que supone conocerla a fondo, para así poder realizar una evangelización interpeladora, válida, comprensible, significativa y esperanzadora para el hombre de hoy, especialmente para los jóvenes, esa gran desorientada mayoría de la población de nuestro continente.

La Espiritualidad.- Su espiritualidad específica deriva de la Caridad pastoral que unifica y anima su vida y actividades y que es fuerte experiencia de Dios y de Jesús; experiencia de Cristo, que supone un personal encuentro espiritual: sólo lo que tiene categoría de experiencia entra a formar parte de la vida y de hecho la marca.

Los obispos hacen especial énfasis en el celibato, al valorarlo como don de Dios; "que le posibilita (al sacerdote) una especial configuración con el estilo de vida del propio Cristo y lo hacen signo de su caridad pastoral en la entrega" (DA 196); e invitan a los presbíteros a asumir con madurez su sexualidad y afectividad, para vivirlas con serenidad y alegría. Es el misterio del don de Dios y de la repuesta del hombre en esta hora trémula de la Iglesia.

Las Estructuras.- Otros desafíos son de orden estructural: parroquias demasiado grandes, a veces sumamente pobres (que hace que los pastores tengan que asumir otras tareas para subsistir); la mala distribución de los presbíteros, así como la violencia y la inseguridad que vive hoy nuestro continente; y sobre todo, la disminución de vocaciones al ministerio sacerdotal: dato, que se va haciendo alarmante estos últimos años.

Pero a pesar de estas dificultades y desde la pobreza tanto humana como espiritual, nuestra Iglesia en Bolivia se ha arriesgado a asumir el reto de la Misión Permanente.

4.- LA MISIÓN CONTINENTAL ES PERMANENTE

La Misión Continental se propone reafirmar la dimensión misionera de la Iglesia; por lo tanto no puede ser una tarea circunstancial, ni tampoco una labor a breve plazo, como las misiones populares tan conocidas en nuestro ambiente y que sin duda reportan sus buenos frutos; sino que es una iniciativa más radical: la Iglesia en América Latina y El Caribe se ponen en "estado permanente de misión". Es una perspectiva nueva, que nos hace tomar conciencia de la dimensión misionera de todo cristiano, y que debe despertar en los creyentes y nuestras comunidades eclesiales un gran impulso misionero. Su objetivo es animar y promover la vocación evangelizadora de cada cristiano, fortaleciendo las raíces de su fe y despertando su responsabilidad, para que todas las comunidades cristianas vivan en estado de Misión Permanente.

¿Qué se persigue con la Misión Permanente?

Sencillamente

a) - Aprovechar intensamente esta hora de gracia, reconociendo los signos de los tiempos, que representan estos cambios profundos. La Iglesia tiene que estar en sintonía con la cultura presente y hace suyas las palabras del Vaticano II: "Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón" (G.S 1) Desaprovechar esta hora sería perder el tren de la historia, y sobre todo hacer realidad los grandes desafíos, que nos marcó el Concilio Vaticano II.

b)- Vivir un nuevo Pentecostés en todas las comunidades cristianas. Un nuevo despertar del letargo en que viven los cristianos. Urge alentar todas las vocaciones que el Espíritu confiere a los discípulos de Jesucristo en la comunión viva de la Iglesia, para un testimonio atrayente a los hombres de hoy.

“No podemos quedarnos tranquilos en espera pasiva en nuestros templos, sino urge acudir en todas las direcciones para proclamar que el mal y la muerte no tienen la última palabra, que el amor es más fuerte, que hemos sido liberados y salvados por la victoria pascual del Señor de la historia...” (DA 548). Es un llamado apremiante a ser testigos y misioneros de Jesucristo en los ambientes de la convivencia social; y en particular en las situaciones extremas de pobreza, marginación, desesperanza y dolor del Continente.

c)- Promover la vocación y la acción misionera de los bautizados. Reconocer los carismas de cada cristiano y valorarlos para ponerlos al servicio de la comunidad. Es preciso que el sacerdote deje de ser el centro de todas las acciones de la comunidad y reconocer los dones que tiene el pueblo de Dios y cada uno de los bautizados.

d)- ¡Necesitamos salir al encuentro de las personas, las familias, las comunidades y los pueblos para comunicarles y compartir el don del encuentro con Cristo, que ha llenado nuestras vidas de “sentido”, de verdad y amor, de alegría y de esperanza! “Jesús invita a todos a participar de su misión. Esto supone partir de una fuerte experiencia de encuentro personal con Jesús de Nazareth.

f)- El fruto pastoral esperado para las Iglesias será atraer a quienes han abandonado la Iglesia, a quienes se han alejado del influjo del evangelio y a los aún no han experimentado el don de la fe. Forjar “discípulos misioneros sin fronteras dispuestos a ir a la otra orilla, aquella en la que Cristo no es aún reconocido como Dios y Señor (DA 376). Sabiendo que “La Iglesia crece no por proselitismo sino “por atracción”: como Cristo atrae a todos a sí “con la fuerza de su amor” (Benedicto XVI, Homilía en la Misa Inaugural)

5.- EL ENCUENTRO PERSONAL CON JESUCRISTO VIVO

Con la misión, nuestra Iglesia, en fidelidad y obediencia al Espíritu Santo que nos precede en este camino, quiere animar y acompañar a cada bautizado y comunidad a retomar con alegría, entusiasmo y fascinación su encuentro con Jesucristo vivo. Un encuentro significativo, que se da entre personas libres e interiormente convencidas, y que lleva a cambios sustanciales en la vida y a la auténtica vivencia de Discípulo Misionero. “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (DA 12)

Hay en el trasfondo de esta propuesta una antigua preocupación: la constatación de que hay muchos ‘bautizados no evangelizados’, y que no puede haber un cristiano adulto en su fe, si no ha tenido el encuentro personal con Cristo, Camino, Verdad y Vida. El encuentro tiene que ser con el Cristo real, como enseña Benedicto XVI: el que “dio carne y sangre a los conceptos” (Deus Caritas Est, n. 12), una

Persona viva y actuante en nuestra historia, no mediante intervenciones mágicas e infantilizantes, sino con la fuerza del amor de Dios.

Un encuentro personal y también comunitario, que sabe de la Eucaristía, la Palabra vivida en la Iglesia, la vida vivida y celebrada en la Liturgia, la relación fraterna con los otros, y concretamente de los pobres. El encuentro con Cristo es el punto de partida de la misión y la manera de vivirla: “conocer a Jesucristo por la fe es nuestro gozo; seguirlo es una gracia, y transmitir este tesoro a los demás es un encargo que el Señor, al llamarnos y elegirnos, nos ha confiado” (DA 18) Lo decía el Papa Pablo VI: “No tenemos otro tesoro que éste. No tenemos otra dicha ni otra prioridad que ser instrumentos del Espíritu de Dios, en la Iglesia, para que Jesucristo sea encontrado, seguido, amado, adorado, anunciado y comunicado a todos... Este es el mejor servicio que la Iglesia tiene que ofrecer” (EN 1) (DA 13)

6.- EVANGELIZADOS PARA EVANGELIZAR

Conversión personal

No podemos pensar en evangelizar si antes no hemos sido evangelizados, si no hemos encontrado personalmente al Señor, si no vivimos nuestra fe en comunidad, si nuestra vida no es coherente con nuestro ser cristiano. En otras palabras, la Misión nos exige una conversión personal y comunitaria, que nos haga recomenzar desde Cristo y redescubrir la vocación de ser discípulos-misioneros. El rasgo de “permanente” que tiene esta misión se pondrá en juego en la capacidad de conversión que podemos, con la gracia de Dios, suscitar en las personas. La conversión de las personas es dato originante de la misión: “la gran tarea de custodiar y alimentar la fe del pueblo de Dios, y recordar también a los fieles de este continente que, en virtud de su bautismo, están llamados a ser discípulos y misioneros de Jesucristo” (Cf. DA 10).

“Es la respuesta inicial de quien ha escuchado al Señor, cree en Él por la acción del Espíritu, se decide a ser su amigo e ir tras de Él cambiando su forma de pensar y de vivir, aceptando la cruz de Cristo, consciente de que morir al pecado es alcanzar la vida. En el Bautismo y en el sacramento de la Reconciliación se actualiza para nosotros la redención de Cristo” (DA 278 b).

Conversión pastoral y renovación eclesial

La misión nos lleva a vivir el encuentro con Jesús no sólo como un dinamismo de conversión personal, sino también pastoral y eclesial. “Esta firme decisión misionera debe impregnar todas las estructuras eclesiales y todos los planes pastorales de diócesis, parroquias, comunidades religiosas, movimientos y de cualquier institución de la Iglesia. Ninguna comunidad debe excusarse de entrar decididamente, con todas sus fuerzas, en los procesos constantes de renovación misionera, y de abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe” (DA 365).

La conversión pastoral de nuestras comunidades es un reto superior, que “exige que se pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera. Así será posible que el único programa del Evangelio siga introduciéndose en la historia de cada comunidad eclesial” (NMI 12) con nuevo

ardor misionero, haciendo que la Iglesia se manifieste como una madre que sale al encuentro, una casa acogedora, una escuela permanente de comunión misionera" (DA 370).

Se hace indispensable asumir este reto con una gran disponibilidad, decididos a repensar y reformar muchas estructuras pastorales, teniendo como principio constitutivo la "espiritualidad de la comunión" (Cf. Juan Pablo II, NMI 43) y la audacia misionera. Pero ello debe llevar naturalmente a forjar estructuras abiertas y flexibles capaces de animar una misión permanente en cada Iglesia Particular. Tanto las diferentes instituciones como las estructuras parroquiales tienen que convertirse a la misión, para así poder realizarla.

No podemos caer en el error de pensar en la misión como algo externo a la vida de la comunidad, un proyecto pastoral, que hay que implantar fuera, o sólo con los alejados, o para defender a la Iglesia contra las iniquidades del mundo. Nuestra Iglesia también tiene que ser 'misionada', pues necesita de purificación constante, vivir la comunión, y así ir a los 'alejados' y no esperarlos. "El verdadero enemigo que hay que temer y contra el que hay que combatir es el pecado, el mal espiritual, que a veces, lamentablemente, contagia también a los miembros de la Iglesia". (Benedicto XVI Solemnidad de la Ascensión del Señor 16 de mayo de 2010).

En este sentido habría que relieves algunas actitudes como signos de conversión misionera: espíritu de servicio, testimonio, ardor interior, confianza plena en el Señor y en su Providencia, continuidad, firmeza y constancia sin miedo a las tormentas y espíritu de creatividad.

7.- COMPROMISO SOCIAL EN LA MISIÓN PERMANENTE

La Buena Nueva al servicio de la vida

Es éste uno de los aportes más originales de Aparecida. El Lema de Aparecida apunta a formar "Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en Él tengan vida". Los cristianos que toman conciencia de su ser "discípulos y misioneros", tienen que ponerse al servicio urgente de la vida, en un Continente donde todavía hay muchos signos de muerte, y donde los excluidos, los pobres, y una inmensa mayoría de la población tienen la vida amenazada, ya que son víctimas del sistema económico, social, político y cultural.

Una misión para comunicar vida

"El proyecto de Jesús es instaurar el Reino de su Padre. Por eso, pide a sus discípulos: "¡Proclamen que está llegando el Reino de los cielos!" (Mt 10, 7). Se trata del Reino de la vida. Porque la propuesta de Jesucristo a nuestros pueblos, el contenido fundamental de esta misión, es la oferta de una vida plena para todos" (DA 361).

“Las condiciones de vida de muchos abandonados, excluidos e ignorados en su miseria y su dolor, contradicen este proyecto del Padre e interpelan a los creyentes a un mayor compromiso a favor de la cultura de la vida. (DA 358).

La opción preferencial por los pobres y excluidos

La opción preferencial por los pobres es uno de los rasgos que marca la fisonomía de la Iglesia latinoamericana y caribeña (DA 391). Nuestra fe proclama que “Jesucristo es el rostro humano de Dios y el rostro divino del hombre”. Por eso “la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza (DA 392). Es desde ahí que los Obispos nos interpelan cuando nos dicen: “La Iglesia necesita una fuerte conmoción que le impida instalarse en la comodidad, el estancamiento y en la tibieza, al margen del sufrimiento de los pobres del Continente. Necesitamos que cada comunidad cristiana se convierta en un poderoso centro de irradiación de la vida de Cristo” (DA 362), que se hizo pobre y optó por los pobres.

El Reino de Dios, justicia social y caridad cristiana

El compromiso misionero implica también asumir evangélicamente y desde la perspectiva del Reino las tareas prioritarias que dignifican todo ser humano. “Urge crear estructuras que consoliden un orden social, económico y político en el que no haya inequidad y donde haya posibilidades para todos. (DA 384). “También es tarea de la Iglesia ayudar con la predicación, la catequesis, la denuncia, y el testimonio del amor y de justicia, para que se despierten en la sociedad las fuerzas espirituales necesarias y se desarrollen los valores sociales” (DA 385)

La dignidad humana

Hay que reafirmar “el valor supremo de cada hombre y cada mujer” (DA 387). Por lo que urge la misión de entregar a nuestros pueblos la vida plena y feliz que Jesús nos trae, para que cada persona humana viva de acuerdo con la dignidad que Dios les ha dado (DA 389). Nuestra fidelidad al Evangelio nos exige proclamar en todo el mundo de hoy la verdad sobre el ser humano y la dignidad de toda persona humana (DA 390)

Compromiso transformador de los cristianos

La verdadera transformación y el cambio de una sociedad tienen que partir del corazón de las personas, de una convicción profunda y de la vivencia como verdaderos discípulos misioneros. “Son los laicos de nuestro continente, conscientes de su llamada a la santidad en virtud de su vocación bautismal, los que tienen que actuar a manera de fermento en la masa para construir una ciudad temporal que esté de acuerdo con el proyecto de Dios. La coherencia entre fe y vida en el ámbito político, económico y social exige la formación de la conciencia, que se traduce en un conocimiento de la Doctrina social de la Iglesia,” (DA 505).

8.- MISION PERMANENTE EN BOLIVIA:

“DISCÍPULO MISIONERO: ESCUCHA, APRENDE Y ANUNCIA”

El lema de la Misión Permanente en Bolivia está en sintonía con el caminar de la Iglesia de América latina y el Comla 8 celebrado en Quito-Ecuador: "Discípulo Misionero: Escucha, Aprende y Anuncia". Así rezaba su lema.

ESCUCHAR.- Es la actitud fundamental del discípulo. En el camino de la fe es Jesús quien llama y se diferencia de los maestros de su tiempo eligiendo a los que él quiere. Es una experiencia vital, que implica sorpresa y fascinación: "Maestro ¿dónde vives? Vengan y vean" (Jn 1 38-39) Escucha y seguimiento son dos actitudes, que se complementan para llegar a una verdadera conversión: la que supone una identificación con el Maestro.

APRENDER.- El seguimiento de Jesús es una escuela permanente de aprendizaje. Ser discípulo supone estar con, vivir un estilo de vida, asumir las enseñanzas del Maestro, identificarse con su programa (las Bienaventuranzas, (Mt. 5,1-12), asumir el mandamiento del amor y la aceptación de la cruz. Desde ahí, tener como centro el ser, el hacer, el estilo de vida y el destino de Jesús. Aprender significa, además, formar, educar al creyente, para que sepa dar razón de su esperanza.

ANUNCIAR.- Jesús hoy necesita de brazos que acojan, pies que vayan a los lugares más recónditos, manos que ayuden y bendigan, labios que anuncien y perdonen, ojos que miren el sufrimiento de la gente, oídos que escuchen las necesidades de los hombres y corazón que ame intensamente a cada hombre que se cruza en nuestro camino: "lo que hagan a uno de mis hermanos a mí me lo hacen; y lo que dejen de hacer, a mí me lo dejan de hacer (Mt 25, 40-45)

Objetivo general de la Misión en Bolivia

"En fidelidad y obediencia al Espíritu Santo, animar y acompañar a cada bautizado y comunidad a retomar con alegría entusiasmo y fascinación su encuentro con Jesucristo vivo para que, a través de un proceso de conversión personal y eclesial, vivan como discípulos misioneros el servicio del Reino de la Vida".

9.- PASOS DE LA MISIÓN PERMANENTE

Todo proyecto tiene que concretizarse en unos pasos o acciones, que hay que llevar adelante para conseguir el fin del objetivo trazado; de lo contrario podemos quedarnos a mitad del camino o ir por caminos errados. Aparecida nos presenta una pedagogía a seguir y nos ofrece cinco acciones del proceso evangelizador.

El Encuentro. No hay verdadera evangelización si no se realiza un encuentro personal. La dinámica de Jesús es esa, sale al encuentro de las personas, a los que llama para formar parte de los discípulos. Para todo misionero, hemos dicho, es importante partir del encuentro personal con Jesús, para después encontrarse con la persona y evangelizar en su medio, en su hábitat. El encuentro supone, cercanía, amistad, identificación, compartir, conocimiento, apertura, y no admite otros sustitutivos.

La Conversión.- "Llevaron las barcas a tierra, lo dejaron todo y le siguieron". (Lc

5,11) Toda conversión supone un cambio de lugar, de actividad, de actitud, de lugar físico; pero sobre todo de lugar interior. Convertirse es asumir una nueva manera de ser y un estilo nuevo. Hay que desinstalarse para emprender la aventura; hay que dejar todo aquello que nos impide seguir a Cristo; y sobre todo, hay que dejarse uno a sí mismo, que es lo más difícil y decisivo.

No podemos seguir a Cristo con todo el bagaje que arrastramos de infidelidades, incoherencias, ataduras, mentiras, que pueden estar acompañando nuestra vida. No podemos seguir a Cristo dejándonos arrastrar por una sociedad, que ha trastocado todos los valores morales y éticos, como son la falta de respeto a la vida, el libertinaje sexual, la primacía del dinero por encima de todos los valores, la corrupción como cultura al servicio de nuestros intereses egoístas.

El Discipulado.- La actitud de escucha es una de las formas más importantes de acogida: supone atención, interiorización, capacidad de sintonizar con el otro. Discípulo es aquel que aprende; y aprender es hacer suyo lo que nos dice el Maestro, dejándonos enseñar. Conocer a Jesucristo nos hace "Discípulos y Misioneros"; es el gran reto que nos hacen los obispos lanzándonos a tomar en serio la Misión Continental, tanto en el seguimiento como en su dimensión misionera.

- Nos hablan del "SER", de la identidad, lo que nos constituye en cristianos y que nos marca, define y diferencia de todos los demás.

- Y nos hablan también del "HACER", de la tarea que debemos desarrollar en nuestro actuar de cristianos. Misión es salir, desinstalarse, dejar la comodidad, y anunciar aquello que creemos y celebramos.

La Comunión.- "Que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti; que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea" (Jn 17, 21). Vivimos en un mundo que invita al individualismo, a la dispersión. Jesús comienza a crear un grupo de discípulos a quienes les reúne para formar una comunidad. "La Iglesia es esencialmente comunidad de fe, amor y esperanza. Por eso, la Iglesia "atrae" cuando vive en comunión, pues los discípulos de Jesús serán reconocidos si se aman los unos a los otros como él nos amó" (DA 159)

La Misión.- Hoy la Iglesia necesita salir al encuentro del otro para anunciarle la Buena Nueva. Si ser cristiano es ser misionero, no se puede vivir la fe sin propagarla y anunciarla con valentía y decisión. Aparecida nos habla de un estado de misión; lo que supone una actitud permanente, un ser misioneros ante los más diversos y diarios "areópagos", para dar desde nuestra pobreza a quienes buscan la verdad.

10.- PROCESO DE LA MISIÓN

Hemos dicho que hacer misión, no son tanto tiempos fuertes de evangelización, hacer misiones; tiempos fuertes que, una vez pasados, fácilmente se entraba en una actitud de indiferencia cristiana. A lo que nos llaman los Obispos en A.L es a crear en cada cristiano una conciencia misionera tanto a nivel personal como comunitario.

- **Primera etapa:** Convocar y motivar a la comunidad eclesial a la Misión: etapa de

toma de conciencia y a la vez de conversión. Tomar conciencia como Iglesia que está en estado de misión por parte de los agentes, sacerdotes, religiosos y de la feligresía. Es necesario impactar y tener claro el trabajo como Diócesis para despertar en cada bautizado el ser misionero desde el Plan Pastoral; no es algo paralelo, una nueva pastoral a realizar, sino impregnar las actividades de la Iglesia de nuevo espíritu.

- **Segunda etapa:** Formación de los misioneros para la misión. Lo que supone acompañar a cada bautizado para que viva su fe como discípulo y misionero conscientemente en medio del mundo.

- **Tercera etapa:** Misión sectorial, académicos, educadores, jóvenes, comunicadores, sector de la salud, voluntariado etc.

- **Cuarta etapa:** Misión territorial, urbana, peri-urbana y rural.

11.- QUÉ ESPERA EL PUEBLO DE DIOS DE SUS SACERDOTES

Una pregunta necesaria

A modo de conclusión y como resumiendo todo lo dicho hasta ahora, es bueno preguntarle al pueblo cuál es el modelo de sacerdotes que espera y necesita hoy la Iglesia en AL. Los obispos, haciéndose eco de esa inquietud, nos dan unas pinceladas; pocas, sólo tres, pero maestras. Nos dicen: "El Pueblo de Dios siente la necesidad de:

- Presbíteros-discípulos: que tengan una profunda experiencia de Dios, configurados con el corazón del Buen Pastor, dóciles a las mociones del Espíritu, que se nutran de la Palabra de Dios, de la Eucaristía y de la oración.

- Presbíteros-misioneros movidos por la caridad pastoral: que los lleve a cuidar del rebaño a ellos confiados y a buscar a los más alejados predicando la Palabra de Dios, siempre en profunda comunión con su Obispo, los presbíteros, diáconos, religiosos, religiosas y laicos.

- Presbíteros-servidores de la vida: que estén atentos a las necesidades de los más pobres, comprometidos en la defensa de los derechos de los más débiles y promotores de la cultura de la solidaridad. También, presbíteros llenos de misericordia, disponibles para administrar el sacramento de la reconciliación". (DA 199)

63 Semana Española de Misionología, Burgos, julio 2010